

BOLETIN DOMINICAL

CONSAGRADO Á PROPAGAR LA SANTIFICACION DE LOS DIAS FESTIVOS.

DIRECTOR,

D. ZACARIAS METOLA, CANÓNIGO LECTORAL.

Y acabó Dios su obra; y reposó el día séptimo.
Y bendijo el día séptimo, y santificólo.
Gen. Cap. II. v. 2 y 3.

Santificar las fiestas.

(Tercer mandamiento de la ley de Dios.)

ADVERTENCIAS.

1.^a Nos proponemos dar á este BOLETIN toda la importancia y novedad que él mismo reclama; pero para ello necesitamos el apoyo de los señores suscritores del mismo, entre los cuales hay algunos, pocos, que, sin duda por la exigüa cantidad del precio de suscripcion, no son nada puntuales en atenderla. Les suplicamos, pues, se pongan al corriente lo mas brevemente posible.

2.^a Muchos son los que no han cuidado nunca de anunciarnos sus cambios de domicilio y de aquí que, sin ventaja alguna para nadie, se haya remitido el servicio, siendo muchos los que hoy reclaman números que no siempre podemos servir, por hallarse agotados.

3.^a Remitimos este número

con las direcciones que creemos exactas, rogando se rectifiquen las que no lo fueran, y se nos devuelva el número por aquellos que quisieran cesar en la suscripcion.

Dominica XX despues de Pentecostés.

(Continuacion.)

Analícemos. Lejos de nosotros el negar la eficacia de la medicina, ni jamás escatimaremos á los médicos la estimacion que merecen y la honra que nos mandan tributarles las Letras sagradas. Pero he leído que Hipócrates, médico pagano solía decir: Cuando entro en una casa, no busco otra cosa que la salud de los enfermos. *Quam cumque domum ingressus fuero, ad ægrotantium salutem ingrediar.* Como si dejera: Adonde quiera que yo vaya, la salud va

conmigo, y donde quiera que yo entrare, si hay enfermos, sanarán de sus dolencias. Si el famoso Hipócrates pudo decir esto con mas jactancia que verdad, ¿no podremos afirmar de Jesucristo que donde quiera que El se hace presente, derrama la salud y la vida? Porque El solo puede decirnos con verdad: *Ego Dominus Sanator tuus*. Yo soy vuestro médico y vuestra salud, Señor de la vida y de la muerte. Por donde quiera que va, demuestra con obras y palabras que tiene poder para curar todo género de dolencias. Diez leprosos le salen al encuentro, pidiendo con voces lastimeras la salud, y el Salvador los sana con solo su querer. A la suegra de Simon la cura de una fiebre maligna, sana á un paralítico tendido en su camilla, al ciego de Jericó le devuelve la vista, á un jóven lunático le libra de su miserable situacion, á un poseido que á consecuencia de la posesion demoniaca era ciego, sordo y mudo le devuelve el habla, la vista y el oido.

Por todas partes pasaba haciendo bien, consolando á los afligidos, curando enfermos y resucitando muertos. El Manso y Humilde de corazon se conmovia á impulso del amor y de la compasion en presencia de los des-

graciados, y cuando oia los gritos del dolor, ó se ofrecia á su vista un infortunio, las lágrimas se cuajaban en sus ojos. ¿Y pensais que Jesucristo será menos poderoso y campesino cuando visita en el Santísimo Sacramento de su amor infinito á los cristianos enfermos que cuando encontraba á su paso enfermos y afligidos en su pátria terrena, y los sanaba de todas sus dolencias? No se ha disminuido su poder, ni se ha apagado el fuego de su amor, y debemos creer con un antiguo escritor que el Santo Viático no se dá á los enfermos con el único fin de que alcancen su eterna salvacion sino tambien para que logren la salud corporal si les conviene para su salud espiritual. *Non solum pro salute æterna datur, sed etiam pro temporali incolumitate, id est, corporali sanitate*. Ahora escuchad: ninguna cosa hay mas frágil que la salud. Mil enemigos se arman contra ella, y nadie está libre de sus ataques. Cuando estamos fuertes y robustos, no la estimamos en su justo valor, y olvidamos que fácilmente podemos perderla, y entonces conocemos lo que vale cuando la perdemos. Y cuando la hemos perdido, aceptamos cualquier sacrificio, nos sometemos á todas las privaciones, pedimos á la cien-

cia su concurso, y no perdonamos gastos ni dispendios por recobrar el primero de los bienes temporales, el don inestimable de la salud. Pero olvidamos que hay un médico divino que vino del cielo porque había en la tierra un gran enfermo. Olvidamos que Jesucristo sacramentado recibido en forma de Viático puede curar nuestro cuerpo y nuestra alma, y cuando nos hallamos postrados en el lecho del dolor, ni pedimos el Santo Viático, ni la familia se apresura como el Régulo del Evangelio á procurar que el divino médico se digne visitarnos antes que la enfermedad nos prive de un bien tan grande, y la muerte nos arrebatase la vida ete-
 rna del alma junto con la vida deleznable del cuerpo.

No hay palabras bastante enérgicas para condenar el abandono de los deudos, la indiferencia y el descuido de las familias respecto de sus enfermos. ¿Son padres, esposos, parientes, ó amigos los que así se conducen? No: verdugos son de los infelices que yacen en la cama puesto que en vez de darles la vida les dan la muerte, y pudiendo y debiendo salvarlos en el tiempo y en la eternidad, cierran la puerta de su morada al único Salvador poderoso y misericordioso que cura

los cuerpos y salva las almas. Vivimos en tiempos verdaderamente deplorables. Ved lo que sucede aun en el seno de familias que creen en Jesucristo y en la necesidad y eficacia de los Santos Sacramentos, fuentes sagradas de salud y de vida, maravillosas medicinas traídas del cielo para curar todo género de dolencias perlas divinas regaladas al hombre para el rescate de sus servidumbres.

Se trata de un enfermo rico, que ocupa una posición social, mas ó menos distinguida, cuya familia está consternada porque la ciencia ha declarado la gravedad de la dolencia, y desconfía con razón de poder salvar al paciente. Conviene decir al enfermo que es llegado el caso de arreglar sus negocios temporales, y se le dice sin demora. Apremia la necesidad de pensar en el negocio de la salvación, y es preciso decir al enfermo que se disponga á recibir los Santos Sacramentos. Conoce la familia esta necesidad, y no desconoce la obligación en que está de procurar la salud eterna del enfermo. Al efecto hace venir al confesor que es recibido con toda cortesía é informado minuciosamente del curso y estado de la enfermedad.

Sabe el celoso Sacerdote que el

enfermo ha menester cuanto antes de los auxilios religiosos y manifiesta con prudentes y atinadas reflexiones lo apremiante de las circunstancias y el deber en que se halla la familia de facilitarle el ejercicio de su santo ministerio. Se le contesta que el enfermo parece que tiene alguna mejoría, y que sería peligroso hablarle *del asunto* porque podría agravarse, ó bien que está muy agitado, y convendría aplazar tan grave negocio. El negocio con ser el primero de los negocios queda aplazado, retirase el Ministro de Dios, el enfermo se agrava, viene la agonía, y se llama á toda prisa al Sacerdote que llega cuando ya es inútil su ministerio, puesto que el enfermo solo puede recibir la Santa Unción. ¡Desgraciado enfermo!

(Continuará.)

VARIEDADES.

EL PANADERO.

(CUENTO.)

(Conclusión.)

—¿Bajo tu palabra?

—Lo juro.

—Vete, hermano, y no vuelvas á pecar.

Le saludé, haciéndole seña con la mano de que podía retirarse. Pareció vacilar un momento; despues, abriendo la puerta con precaucion, desapareció.

Yo entonces me arrodillé y rogué por aquel hombre. No habia aun concluido mi rezo, cuando oí llamar á la puerta.

—Adelante,—dije sin volverme.

Alguien entró efectivamente, y viéndome rezar, detúvose en pié detrás de mí.

Cuando me volvi vi al Panadero inmóvil y en pié junto á la puerta, con su saquito debajo del brazo.

—Toma,—me dijo, te devuelvo los mil francos.

—¿Los mil francos?

—Sí, y te perdono los otros dos mil.

—¿Y subsiste sin embargo la promesa que me has hecho de arrepentirte?

—Yo no sé si me arrepiento ó no; pero yo no quiero ese dinero ya estás enterado.

Y dejó el saco sobre la mesa. Despues se paró como para pedir algo, pero parecia que le costaba trabajo decirlo. Su mirada vacilaba.

—¿Qué quieres?—le dije. Habla, amigo mio. Lo que acabas de hacer es una accion loable; no te avergüences de obra semejante.

—¿Tienes gran devocion á la Virgen?

—me preguntó.

—Muy grande.

—¿Y crees que por su intercesion un hombre, por culpable que sea puede salvarse á la hora de su muerte?

—Sí.

—Pues bien, en cambio de los tres mil francos, dame alguna reliquia, algun escapulario, algun rosario que pueda besar á la hora de mi muerte.

Me quité la medalla y la cadena de oro que me pusiera al cuello mi madre el

día de mi nacimiento, y que desde entonces no me había quitado, y se las di al bandido.

Este besó la medalla y desapareció.

III

Un año trascurrió sin que oyera hablar del Panadero. Volvía yo del pueblo de mi madre, á la cual había asistido en una enfermedad, cuando al llegar á Etampes encontré agitada toda la población. El famoso ladrón «El Panadero,» había sido arrestado en Orleans, y juzgado por el Consejo de la Ciudad, que después de condenarle le había enviado á Etampes para ser ahorcado allí, por lo mismo que los alrededores habían sido el principal teatro de sus hazañas.

La ejecución se había efectuado durante aquella misma mañana. Esto fué lo que supe en la calle, pero al llegar á casa supe más; supe que una mujer del pueblo había ido desde el día anterior por la mañana es decir, desde el momento en que había llegado el Panadero á Etampes para sufrir su suplicio, á informarse más de diez veces si yo estaba de regreso.

Fui á verla, aunque tarde, y la hallé afligida y rezando.

—¡Ah, señor cura—exclamó, el corazón me lo decía. ¡Ay de mí! Llegáis tarde; mi marido ha muerto.

—¿Ha muerto sin arrepentirse?

No, muy al contrario; estoy segura de que en el fondo de su corazón era cristiano, pero no quiso confesarse hasta última hora, esperando que llegaríais á tiempo de prestarle este auxilio..... De continuo preguntaba por vos, y besaba

una medalla prendida de su cuello con una cadena de oro, recomendando sobre todo, que no se le quitara esa medalla, y afirmando que si con ella se le enterraba, el demonio no tendría poder alguno sobre su cuerpo.

¿Y no ha dicho más?

—Sabía que llegabais esta tarde, y me dejé encargado que os rogara que fueseis á la horca, y allí, junto á su cuerpo, dijeseis en sufragio de su alma cinco *Padre-nuestros* y cinco *Ave-Marias*. Añadiendo que no os negaríais á ello.

—Y ha tenido razón, porque voy á ir.

Eran las diez y media de la noche. Pasé junto á la torre Guinette, antigua fortaleza, y actual morada de cuervos y mochuelos, y á lo lejos distinguí como una sombra móvil: era el cuerpo del infeliz panadero, que el viento balanceaba en el espacio.

Llegué al cadalso, me postré de rodillas y recé los cinco *Padre-nuestros* y cinco *Ave-Marias*, quedando así cumplida la última voluntad del pobre Panadero.

Al día siguiente, cuando desperté me dijeron que la mujer del ladrón me aguardaba en el comedor. Estaba serena y casi alegre.

—Señor Cura,—me dijo, vengo á daros gracias: mi marido se me apareció ayer cuando daban las doce en Nuestra Señora, y me dijo:

—Mañana por la mañana irás á encontrar al abate Moulle, y le dirás que, gracias á él y la Virgen, no estoy en el infierno.

EL GARLITO.

Cuento para chicos y grandes.

I

Cierta día el diablo se levantó de mal humor. Era que el registro de altas en la portería del infierno iba en baja de una manera notable.

Si la cosa seguía así no habría más remedio dentro de breve plazo que declararse en quiebra y cerrar la gran casa, escribiendo en sus puertas la palabra *liquidación*.

La situación era apurada y hacía falta un rasgo de ingenio de todos los demonios para sacar el carro del atolladero. Su majestad infernal se decía:

—Cómo vamos a llevar a flote la nave de la situación?

Y por más que se daba con el puño en la frente, la idea, el supremo recurso se empeñaba en no salir.

—No me gustan los congresos más que para los hombres, porque es la parte donde todavía se espiga algo, pero no habrá más remedio que apelar a este recurso.

Y reunió un congreso de notables en la sala de los charlatanes del infierno.

El diablo padre lo presidió en persona, teniendo al alcance de la mano buen repuesto de rayos y centellas para llamar al orden al que se insubordinara.

Los notables del infierno se preguntaban para su coleteo:

—¿Qué será? ¿qué no será?

Y el presidente, soltando una blasfemia, como pudiera hacerlo un carretero civilizado, habló a la asamblea y dijo:

—Ya sabeis, queridos compinches, que los negocios van mal; que en nuestro libro diario se hacen pocos asientos, que estos cada día son menos en número, y que si la cosa sigue así, los goznes de las puertas de nuestra casa van a echar cardenillo, y en el umbral va a crecer la yerba. La situación es desastrosa y hay que arbitrar un medio, un recurso supremo para hacerle frente, y conseguir que renazcan los días aquellos en que daba gloria ver el gentío que se nos colocaba por las puertas.

Y pues vosotros estais tan interesados como yo en el negocio de nuestra gran sociedad en comandita, os he congregado para oír vuestro dictámen, y ver si se os ocurre una inspiración salvadora. Estais, pues, en el uso de la palabra. Diga cada cual lo que se le ocurra; pero no se olvide que esto no es ningún congreso europeo, porque sobre que los diablos no tienen tiempo que perder, aquí nadie ha de ser ministro por sus bellos discursos, ni yo he de tolerar necedades.

He dicho.»

Y sucedió que uno propuso no se qué, y otro propuso no se cuántos; y el de más allá, y el de más acá, y el de este lado, y el del otro propusieron una porción de recursos a cual más intencionados y diabólicos; pero ninguno de ellos lo pareció al diablo padre, suficiente para salvar la situación.

—Parece mentira; gritó entonces con voz de trueno; que los que se pasan la vida tentando a los hombres y estudiando sus debilidades, no hallen en su magín un recurso que salve la situación. Hato

de bestias! qué habeis aprendido en el mundo despues de tantos años de estudio?

Hubo en el congreso sus conatos de motin, pero el diablo padre, tomando un manojo de rayos los blandió gallardamente á guisa de campanilla, y luego prosiguió:

—Al que me ofrezca una situacion salvadora voy á hacerle rey del mundo.

—Yo tengo un plan; dijo un demonio llamado Asmodeo, tentado por la golosina.

—Dilo.

—Lo diré si me concedés patente de invencion, para que luego no venga cualquier diablillo entrometido y enredador y se quede con la gloria y el provecho.

—Concedida la patente.

—Yo soy el diablo de la carne.

—Mire V. qué descubrimientol.... Eso hace siglos que lo sabíamos.

—Yo soy el diablo mas aplicado de todos.

—Mientes! bramó otro espíritu que se llamaba Negocio. Quién trae al infierno mas almas, tú ó yo?

—Almas de judíos que no hacen falta tentar, porque ya son nuestras. Pero de cristianos, cuántas traes tú?

—Mas que tú.

—¡Silencio! gritó el diablo padre. Señor Negocio, es V. un haragan; es V. un torpe; es V. un bestial! Asmodeo tiene razon; cuántas almas de cristianos vienen aquí por tu conducto?

—Vendrán! bramó el Negocio con espantoso coraje.

—Pues cuando vengan hablaremos.... Tiene la palabra Asmodeo.

—Pues. como decia, yo soy el demonio mas aprovechado, y si no fuera por mí la casa habria cerrado las puertas.

—Asmodeo no tiene abuela; dijo el demonio de la Envidia.

—Y tú no tienes vergüenza; replicó Asmodeo.

—¡Silencio! gritó el presidente; y diga ya el orador cuál es su recurso para librarnos de la bancarrota, porque ¡voto á sanes! que estoy impaciente....

Asmodeo se sonrió, y mirando con aire altanero al congreso, llevóse con todo cuidado la perfilada uña al cuerno derecho, y tirando suavemente, sacó asida por los rizos una figura de hombre vestida con suntuosidad pasmosa; llevóse la uña al cuerno izquierdo, y prendida de ella sacó la figura de una mujer tan emperifollada que no habia mas que pedir.

Los diablos del congreso se miraban sin acertar en qué pararía aquello, y Asmodeo sonriéndose decia para su coleteo:

—Qué brutos!

—Y al mismo tiempo puso la pareja delante del presidente. El hombre andaba con ridícula prosopopeya, y la mujer, cambiando en un momento de trajes, y de peinado, y hasta de ademanes, hacia unos dengues y unas monadas como si quisiera enamorar al mismo Satanás.

—Este es el invento con el cual, con mi patente de invencion, voy á reconquistar el mundo.

—Y qué es eso? preguntó muy curioso el presidente.

Pues eso es una creacion del diablo de la carne; es el garlito que voy á echar en el mar del mundo, para pescar entre

sus doradas mallas toda clase de peces, desde el boquerón á la ballena.

El diablo padre, creyendo adivinar la infernal intencion de Asmodeo, se sonrió y dijo:

La parejita es buena, y tu recurso no me parece malo. Solo que ahora falta que los peces quieran caer en el garlito.

—Pues ¿no han de caer? ¿Para qué habré yo pasado tantas noches de insomnio estudiando las debilidades humanas? Desde que Dios puso al hombre un vestido de pieles para cubrir su desnudez; desde que el vestido es un castigo y un título de vergüenza para la humanidad, vengo yo estudiando la manera de aplicarlo á mis propósitos, y me he convencido de que al fin he acertado en la mejor manera de corromper á los cristianos.

No os parece gran filosofía convertir lo que es para el hombre un padron de ignominia en fuente inagotable de pecados?

Estas palabras fueron recibidas por todo el infierno con una *batería* de aplausos frenéticos y atronadores.

Asmodeo habia triunfado.

El diablo padre felicitó al inventor del garlito humano.

—La idea; le dijo; es como tuya, Asmodeo, y no en vano te he tenido siempre por uno de los diablos mas listos y beneméritos. Merced á tu invencion es pero que los registros del infierno volverán á llenarse de nombres y que nuestro negocio prosperará como prosperaba antes de que se encarnara el Hijo del Altísimo. Te confirmo de buena gana la patente de invencion y te hago rey del mundo, pero dándote por ministros al demonio del Negocio y al diablo de la

Envidia, que no han de servirte de poco.

Asmodeo aceptó, y los otros dos tambien; el primero pensando tenerlos como instrumentos, y los segundos con el propósito de destronarle á la mejor ocasion, y alzarse con la corona.

Mientras tanto, Asmodeo acercó sus hijos al diablo padre para que los bendijera y los sellara con el beso de su boca; porque creia que sin este requisito no iban á tener la infernal atraccion que hacia falta para su propósito.

Cómo te llamas, monina? le dijo á la mujer emperifollada el diablo padre mientras la besaba.

—Me llamo la Moda y soy la mujer del Lujo; dijo ella haciendo un dengue.

—Cómo te llamas tú vida? preguntó al otro mientras lo besaba con infernal delicia.

—Me llamo el Lujo, y soy el hijo de la Lujuria.

—Tiene razon Asmodeo! Con este par de alhajas el mundo es mio.

Y no se engañaba el diablo padre, porque poco tiempo despues la Moda y el Lujo se enseñoreaban del mundo, dejando en todas partes la larva de la lujuria, y el gusano del escándalo, y la polilla de la ruina, con lo cual los registros del infierno se llenaron de nombres de cristianos.

Y es fama que todos los años hay que aumentar el número de empleados en la diabólica oficina, y que estos apenas si pueden dar el abasto.

Y eso que hay servicio de dia y de noche.—J. PALLÉS.